

LOS IZQUIERDO

En Sevilla.

Él barbero y ella ama de casa. Vivían en casa propia de dos plantas en la calle Bécquer. Calle en el sector de la Macarena, y tenían: Currito de trece años, Bartolito de diez y Mercedita de uno y medio.

Se llevaba tan bien el matrimonio, que con la mirada se entendían en las situaciones de dificultades.

En aquellos años venían los hombres de la clase popular a las barberías, en Andalucía, solamente a pelarse o arreglarse el cuello. Casi generalmente se afeitaban ellos en su casa. Y cuando a la barbería venían al pelado o arreglo de cuello, se traían la navaja barbera para que el barbero se la afinara sin cobrarle por ello. El barbero lo hacía para conservar su clientela. Y las mismas circunstancias que a afeitarse en casa obligaba, repercutían en los barberos en versión dificultades económicas. Era el bajo nivel de la vida en las ciudades capitales de provincia y pueblos de la Andalucía agrícola de entonces, sin subsidio de desempleo y temporeros, inevitablemente, los trabajos agrícolas.

Por eso aquella mañana de aquel primer domingo de abril y día primero de la famosa feria abrileña sevillana. Cuando Izquierdo miró a su mujer, y ella en la manera de mirarla lo entendió...Dijo dirigiéndose a los dos varones:

-Pero andandito...Que andando se fortalecen las piernas y se afina la inteligencia.

Y cuando desayunaron el café mezclado con cebada tostada, mezcla que lo abarataba, y la tostada de pan con manteca colorada de cerdo. Ella vistió a los niños con lo mejorcito que tenían. Ella y el marido se vistieron de feria. Y, ¡a la feria!

El tranvía pasaba por la calle Feria, cerca de la calle Bécquer, y montarse en él no costaba mucho. Pero menos dinero tenían ellos...

Y Currito delante como un hombrecito. Detrás de él su hermano seguido de la mamá. Y detrás de todos el papá con la Benjamina en los hombros.

Tomaron el siguiente itinerario:

Cale Feria arriba. Cale Regina con su angostura y casi sin longitud y el olor a pescado frito de la freiduría que había en su entrada. Plaza de la Encarnación con el mercado de abasto en su interior; pero sin el bullicio de amas de la compra con el voluminoso canasto, ni el vocerío de los pescaderos pregonando su mercancía. Porque los domingos estaba cerrado el mercado. Universidad. Calle Puente y Pellón con sus comercios cerrados; pero en muchos de ellos mostrando artículos en sus escaparates. Plaza del Salvador con la estatua en bronce del insigne imaginero Martínez Montañés con una pequeña imagen de la Virgen en sus manos. La iglesia de la misma plaza. Calle de los hermanos Álvarez Quintero. Catedral y patio del Alcázar. Barrio de Santa Cruz. Jardines de Murillo. Y... ¡La pasarela!: La entrada de la feria, situada en el prado de San Sebastián. Y aunque es temprano, ya la animación es grande. Y aunque han venido a paso de recreo para que los niños vean del recorrido cosas que no han visto. Izquierdo preguntó:

-¿Cansados...?

Y Bartolito respondió adelantándose al hermano:

-¡Qué va!...

Y con Mercedita en el hombro de él y los varones cogidos de la mano de ella. Han entrado en el real, inmersos en el bullicio de gente andando y como ellos, con niños. Parejas a caballo, él vestido a la campera llevando la brida y ella a la grupa vestida de flamenca. Y coches, unos de cuatro ruedas tirados por dos pares de mulas o de caballos, y coches de dos ruedas tirado por un caballo.

Al pasar junto a ellos una pareja a caballo, dijo él:

-Los caballos andaluces montados a la campera son los más pintureros del mundo caballar.

Y ella. Que ha visto que al referirse èl al caballo miraba a la flamenca...Dijo con salero:

-Y los andaluces montando a la vaquera son más pintureros que algunos andaluces montando a la barbera... ¡Chúpate esa, guapo...!

Currito sonrió. Y el padre también.

Han dejando atrás las casetas de socios bailando por sevillanas, y han entrado en el tramo de atracciones. Los niños miran con deseo de subir en las cunitas, los columpios, los caballitos de madera...Y cuando han llegado a la rueda de caballitos de madera, los padres se miran, y dice ella con cara de pena:

-Anda...Súbete con los niños...

Y él se subió con los niños; pero de pies para no ocupar caballito, sino para evitar que alguno de ellos, sobre todo Bartolito, se cayera.

Y llegaron a la portada del circo. El espectáculo estrella de las ferias. Y en ella: Carteles grandes con fotografías de payasos, leones, trapeceistas...

Currito preguntó con voz de poco timbre porque está acostumbrado a oír a sus padres lamentándose del poco dinero. Si iban a entrar. Y el padre le contestó con palidez en la voz:

-No, hijo... No podemos entrar...

Y subiendo el tono añadió: ¡Pero ahora vamos a comprar turrón para comerlo sentados fuera del real, en la hierba, y un pito de goma para cada uno de ustedes!

Y Currito preguntó:

-¿Y también uno para Mercedita...?

Y el padre le contestó disimulando su pena:

-¡También uno para esta señorita!...¡Qué puñeta!

Y la madre sonrió de manera forzada. Disimulando, como el esposo. La pena de no poderles hacer vivir la feria a sus hijos. Solamente mirarla...

Salieron del real y se sentaron en la hierba. Se comieron el turrón, y los cuatro se reían viendo a la benjamina queriendo tocar su pito de goma.

¡Felices con tan poquito...!

Entraron nuevamente en el real y paseando salieron de la feria y emprendieron el regreso a casa. Pero en el tranvía. Por el natural cansancio. Salieron comentando el matrimonio lo bonita que estaba la feria y lo tristemente que la vieron por el dichoso dinero.

EL TÍO JUSTO

Solterón y con empleo fijo. Era Justo el paño de lágrimas de los Izquierdo, su única familia de primer grado.

Y cuando tras apearse del tranvía se dirigieron a la casa, el tío Justo. hermano de ella, que desde hacía años era escribiente en el ayuntamiento de Villa blanca. Salía de la taberna vecina de ellos, con jamón, pan y una botella de vino.

Había venido para asistir a la corrida de toros y traía, además de su entrada, otra para el cuñado. Pero traía otra cosa para ellos...Una cosa que cambiaría radicalmente la vida de los Izquierdo,

Cuando estaban comiendo, les dijo:

-Un matrimonio sin hijos, que viven en la plaza vieja, quieren cambiar su casa por una de Sevilla para abrir aquí una tienda de quincalla. Les he hablado de esta y les conviene por el sitio y por tener dos plantas y en la baja el local de la barbería, local donde abrirían la tienda. La de ellos es de una sola planta con dos puertas y dos ventanas a la plaza, y amplio patio con pozo en el centro. Las puertas son la principal y la del patio. Una de las ventanas puede transformarse en puerta y el cuarto ser la barbería. Y en el patio pueden hacerse habitaciones para alquilar por temporadas a los trabajadores que vienen de otros pueblos a la siega, por ejemplo.

Villa blanca está creciendo mucho con las familias parcelista. Allí viviríais mejor que aquí, y me están esperando con la contestación de ustedes. Además de la casa os darían un buen dinero. Y como sabéis, Las casas de la plaza vieja son todas de una sola planta- No desaliña la de ese matrimonio.

El matrimonio se miró y con la mirada se mostraron conformes, y dijo él:

-Mañana vamos todos para realizar el trato. Espéranos allí.

Y dirigiéndose a la mujer, dijo:

-Vete a la feria con los niños en el tranvía. ¡Pero directamente al circo y entrad a ver la función!...

Él sabía que cuando su cuñado les habló del cambio de casas, ya era asunto seguro. Y la espina que se la clavó en el corazón cuando en la puerta del circo tuvo que decirle a sus niños “no podemos entrar”, le dolía mucho...

Y así lo hicieron.

LA FUNCIÓN

Para que los niños vieran bien lo que nunca habían visto, ocuparon asiento en primera fila. Como tocando con laminada la pista.

Empezó la función con los músicos y los payasos. Los dos hermanos estaban muy expectantes; pero más el menor, Bartolito. Y cuando el clown empezó a mofarse del Augusto porque no acertaba las preguntas que le hacía dándoselas de listo...Bartolito sintió ganas ¡de lanzarse contra él Clown!. Crispó sus adolescentes manos.

Se fueron los payasos y entraron los saltimbanquis. Y Bartolito se movía nervioso de alegría, como saltando él con su espíritu, mientras su hermano permanecía, quizás por ser mayor...Atento a todo. Observando con avidez a los artistas actuantes.

Se fueron los saltimbanquis dejando la sonrisa de sus saltos haciéndoles preciosos rizos al aire, y el presentador anunció a bombo y platillo:

¡En pista, señoras y señores!, la jovencísima pareja de trapecistas. ¡Los hermanos alas del viento!

Y los dos jóvenes, muy ligeros de vestimenta. Se untaron polvo adherente en las manos y cada uno trepó rápidamente por su mástil del trapecio hasta los columpios. Sentados en los columpios empezaron a columpiarse cada vez alcanzando más altura y los niños siguiendo con la

vista las columpiadas. Pero de pronto...¡Emoción general! Cuando ella en una de sus columpiadas tocó con la punta de sus dedos el techo de la carpa, ¡se cayó de su columpio...! Y Bartolito. Asustado porque la joven trapecista se caía encima de él...se acurrucó en su madre, que con el brazo le dio “protección”. ¡Pero no llegó al suelo!...El hermano. Midiendo milimétricamente las distancias y las fracciones de segundos que en la dinámica de las columpiadas les separaban del punto de encuentro. ¡En el punto de encuentro!.... ¡Se encontraron las manos de él y las de ellas! Y cogidos de las manos siguieron columpiándose burlándose del peligro que corrió ella de estrellarse sobre el niño espectador Bartolito....

Y Bartolito reanudó su respiración, que por unos segundos se le interrumpió. ¡Y con el espíritu aplaudía al joven trapecista que ya era su héroe por salvar a la hermana!...

Realizadas otras exhibiciones de arte y riesgo, la joven pareja del trapecio se fue saludando con la mirada y sonrisa de su preciosa juventud, y en pista apareció el viejo caballo sabio. ejemplar de raza pequeña. Y a su lado el hombre, su compañero artístico, que en un momento le dijo:

¿Salomón...? Señálame el niño más inteligente del respetable.

Salomón se detuvo frente a Curruto, Bartolito y la madre. Y el hombre, con su fustilla señaló a Curruto y preguntándole a Salomón si era él. Salomón le respondió “no” con la cabeza. Y Cuando el hombre señaló a Bartolito, dijo sí con la cabeza, y Bartolito se quedó tan sorprendido que no sabía si reír, si aplaudir a Salomón, o si mearse de risa viendo que la gente le miraba sonriente...

A Salomón siguió el número de los perritos con el perrito tunante. Los simpáticos perritos saltando por encima del bastoncillo que el cuidador les iba poniendo por delante; pero uno de ellos...¡Qué gracioso...! Pasaba por debajo del bastoncillo burlándose del cuidador. ¡Y cómo se

reía Bartolito...! Como alegoría. Como símbolo... De la figura "Circo y niño".

Al número de los perritos siguieron el de la cabritilla posando sus cuatro pezuñitas en la boca de la botella. Y el del oso gordote montado en una bola a la que hacía rodar con él encima.

Y a continuación, el número de la frágil y elegante señorita dándole órdenes a los cinco hermosos caballos blancos elegantemente luciendo plumero en la cabeza:

La señorita con la voz y la fustilla les decía que en perfecta formación se encabritaran delante de ella, y los cinco, ¡obedientes!, se encabritaban, oh, belleza del arte circense...

Y Bartolito estaba emocionado con la artística exhibición de los caballos.

Y llegaron los números fuertes. El de los leones y el del elefante:

El de los leones:

Como el presentador los anunció resaltando la fiereza de los félicos, Bartolito estaba muy atento esperando la presencia de las fieras con emoción; pero sin miedo. Su espíritu estaba ya habituado al espíritu y la espectacularidad circense.

Los sirvientes de pista pusieron seis taburetes en línea. Se retiraron y apareció el domador de leones con un bastón y un látigo. Se situó en el centro de la pista y apareció un melencólico león con mirada de devorador, seguido de cinco bellas leonas rubias, los seis en línea. A una voz del domador, los seis impresionantes ejemplares se echaron en la línea que traían.

El domador se dirigió a ellas diciéndoles de voz y movimiento del bastón, que cada una se subiera en su taburete. Pero ellas...Envalentonadas por la presencia del rey de su harén, respondieron mostrando sus colmillos y garras, que a los taburetes ¡se subiera su suegra!...

No insistió el domador y se dirigió al león con los mismos gestos de palabra y bastón. Y el fiero...Haciéndose

a la idea de encontrarse en la selva, le respondió con un rugido que paró los resuellos de los espectadores y vibró el aire que llenaba la carpa. Pero el domador tralleó el látigo con tal precisión, que el silbido cortante de la rabisa le rozó al melenudo los bigotes. Y el poderoso animal se olvidó de la selva y de un salto se encaramó en su taburete, porque peligraba sus bigotes si no lo hacía.

Y Bartolito, que estaba encogido de miedo. Reaccionó gesticulando con las mandíbulas y los nervios su alegría por la valentía y poderío del domador.

Entonces el domador se dirigió a las guapas leonas, diciendo: ¡A los taburetes, guapas!

Y ellas...Ante lo hecho por su rey se subieron, sumisas, cada una en su taburete.

El domador puso en el suelo el látigo y el bastón. Y de rodillas, de espaldas a las seis fieras, saludó al público.

Se incorporó. Cogió el látigo y el bastón. Le dijo a las leonas que se fueran. Se fueron. El domador se acercó al león y empezó a hostigarlo con el bastón, y el león respondiéndole ¡con rugidos y zarpazos! que a los espectadores asustaban.

Bartolito sentía miedo por el domador...Y de pronto. Oh decepción:

El domador soltó el látigo y el bastón. Le abrió al león ¡la boca! y en ella introdujo él su cabeza. La sacó. Cogió el látigo y el bastón. Le dijo cariñosamente al león que se apeara del taburete. Lo hizo. El domador se empernacó en el poderoso melenudo. Y saludando el domador al público se retiraron de la pista, él león haciendo de borriquillo y en el montado el domador.

Y Bartolito se quedó confuso. Pensativo. Muy callado mirando al graderío...

Los sirvientes de pista retiraron los taburetes y pusieron en su lugar un aro al que encendieron en llama circular y se retiraron. Un domador se situó en el centro de la pista, y apareció un precioso y corpulento tigre. Se detuvo frente al aro en llama. El domador le ordenó que

pasara por el aro. Y el felino... ¡Lo pasó velozmente para no quemarse!

Y Bartolito no se impresionó...Se quedó como diciéndo: Cosa de circo...

Evidentemente, su opinión sobre el circo estaba desarrollándose, como su edad...Estaba en evolución.

ELNÚMERO FINAL

Los sirvientes de pista retiraron el aro y en pista apareció un elefante como un castillo de grande. En su cuello una preciosa niña, y a su lado el padre de la niña, muy serio, seguido de la madre de la niña, sollozando.

El hombre dijo en voz recia, de enfado: ¡Detente, Mamud!

Y el enorme paquidermo se detuvo.

El hombre le preguntó a la niña si seguía negándose a estudiar. La niña, del mismo carácter del padre respondió afirmativamente. El padre le ordenó a Mamad que se inclinara para que la niña se apera de él. Se inclinó y la niña se apeó, ¡seria! ¡Engallada!. El padre le dijo imperativamente que se tendiera delante de Mamad. Se tendió. La madre se agarró a una pierna del marido, implorándole piedad por la niña. Pero el padre... ¡Enfadadísimo!, le ordenó a Mamad ¡que le aplastara a la niña la cabeza! Mamud puso una de sus enormes pezuñas paquidermas sobre la frágil cabecita de la niña. Pero no se la aplastaba. La madre lloraba. Y el marido le gritó a Mamud: ¡Como no le aplaste a esta testaruda la cabeza te ataré las orejas al cuello para que no puedas abanicarte este verano!

El silencio en los espectadores era sepulcral... Bartolito estaba muy serio...Y de pronto... ¡oh, reacción de Mamud!...

Enlazó al hombre por la cintura con la trompa y lo levanto ¡Para lanzarlo! ¡Hacia el techo de la carpa!

Las mujeres espectadoras se reían aplaudiendo a Mamud...Y la expectación era general.

¡Pero qué cambio de escena!...Mamud soltó al hombre y se inclino reverente al público. La niña, el padre y la madre se cogieron de la mano saludando de cabeza al público. Y parte del público les aplaudía; pero otra parte permanecía hecha un lío...Sin saber si lo que estaban viendo era realidad o fantasía...Y los músicos amenizaban el momento con una melodía como himno del arte circense elevado al rango superior del espectáculo universal...

La señora Izquierdo salió muy contenta del circo porque vio que sus hijos, ¡y ella también...! Habían disfrutado de lo lindo...Y tras darses un paseo por el real, tomaron el tranvía para casa...

Y Cuando ya en casa ella con los niños. Terminada la corrida llegaron su esposo y Justo comentando la actuación de los diestros.

El tío Justo le preguntó a Bartolito si le había gustado el circo. Y el niño le respondió gesticulando con el hombro, porque en su mente de adolescencia estaba un cúmulo de sensaciones de tan amplia policromía, que ni él podía explicar ni explicarla intentaba.

Pero pasados los años y él ya abuelo. A sus nietos le diría emocionado, que el circo es el rey de los espectáculos, y contiene en sus entrañas la realidad danzando con la fantasía, y la destreza formando duo con el peligro. Y todo en el templo primitivo del arte escénico...

LOS IZQUIERDO EN VILLABLANCA

El cambio de casas se efectuó, y los Izquierdo iniciaron su nueva vida con buen viento en la vela de su familiar barca...

Cuando Currito, alternando su asistencia a la escuela se iniciaba en el trabajo de barbero con su padre, el matrimonio del cambio de casas, pensó en Currito, ya sabiendo leer, escribir y las cuentas, para dependiente en la tienda y para servir pedidos a clientes en domicilio. A Currito le agradó el empleo y sus padres lo vieron bien.

Y vino la república y con ella la libertad de asociación en sindicatos y partidos políticos.

Y en Sevilla, un amigo, dependiente del ramo de ultramarinos, que estaba afiliado a la Falange convenció a Currito que ya le llamaban Curro, y se hizo falangista en Sevilla en plena juventud.

Y en Villa blanca. Bartolito, que ya era el joven Bartolo y barbero como su padre. Se afilió en las juventudes comunistas de Villa blanca.

Obvio es decir, el dolor de Izquierdo y su mujer, por las enemigas posiciones idealistas de sus hijos... Pero no era insólito el caso de su familia... En muchas otras familias españolas se produjeron esas divisiones por ideas políticas.

Curro y Bartolo. Como ya eran llamados. Apenas se hablaban y sus padres sufrían.

Y llegó la guerra civil... La guerra civil. Como todas las guerras civiles. Destruyó vidas, carreras, haciendas y familias...

Curro se alistó en la división azul que el general Franco puso a disposición del ejército alemán. Y Bartolo se enroló, también voluntario, en una de las divisiones republicanas.

Como enseguida se partió España en dos zonas beligerantes, y Sevilla y su provincia quedó en la zona franquista, los padres de Bartolo no tenían noticias de él. Y la guerra seguía su proceso.

De Curro estuvieron recibiendo noticias mientras estuvo combatiendo en la España ocupada por Franco. Pero no cuando se enroló en la división azul.

La guerra civil terminó y Bartolo se exiló con otros compañeros en Méjico. Y de allí no llegaba normalmente a España la correspondencia.

De la guerra mundial recibían los padres de Curro alguna correspondencia aunque con retraso.

Dejaron de recibir cartas de él. Y naturalmente, estaban preocupados...

Cuando el ejército alemán estaba cerca de Moscú, el llamado invierno ruso... Invierno que cuando Napoleón

invadido casi toda Europa, en dicho infierno las pasó negras... Pues en ese invierno de bajísimas temperaturas y altísimas capas de nieve, el ejército ruso, ya Rusia en régimen comunista, cercó en la ciudad de Stalingrado a toda una división alemana y la hizo prisionera con su general, el general Paulus, en cabeza.

Y en esa bolsa cayó prisionero Curro, y su nombre fue puesto por los falangistas de Villa Blanca, en la lápida del monumento de los caídos por Dios y por la patria, de dicho pueblo. Y la pena de sus padres... Imposible de calibrar. Naturalmente.

Unos meses más tarde recibieron la gran alegría de que Curro vino de Rusia en una expedición de liberados por el gobierno ruso. Y con un cincel lo borraron de la placa de mármol.

Y cuando finalizada la guerra mundial con la derrota del régimen de Hitler, y suavizadas las leyes del régimen franquista. De Méjico regresó Bartolo.

Y la familia Izquierdo recobró su vida relativamente normal... Relativamente, porque como en tantas otras familias españolas, la guerra civil les produjo heridas difíciles de cicatrizar...

Pasaron los años y el matrimonio Izquierdo sucumbió, primero ella y dos años después él, al agotamiento natural de sus respectivos procesos vitales.

Y ya los hermanos Curro y Bartola lucían canas y tenían hijos y nietos. Y sus relaciones eran normales como hermanos y lo mismos en los hijos.

Y uno de los muchos días que los dos hermanos coincidían en la taberna de los herederos de Cantarero, tomándose su cafelillo, como ellos decían. Dijo Bartolo:

-Hermano... Idos nuestros padres, somos tú y yo la fuente de consejo, por nuestra experiencia en la vida y los acontecimientos que hemos vivido, de nuestros hijos y nietos. Y tras la ida a pique de los barcos "imperio soviético" y "ciclón" Adolfo Hitler y su trío Roma Berlín

Tokio. Somos nosotros los aconsejadores. Los guías. Los pensadores que debemos aconsejarles a nuestros hijos...

Y dijo Curro:

-Sí, hermano...Y la posición razonable que debemos aconsejarles es que no nos sigan en las ideas políticas que nos ilusionó, sino que piensen en la vida actual y la manera de humanizarla, no solo por la actualidad, sino también por el mañana de sus hijos. Que vean las ideas políticas desde óptica nueva. Que aquello nuestro es cosa del pasado. De la galería decorativa de la historia.

((((()))

